



HISPANIA NOVA

Revista de Historia Contemporánea

<http://hispanianova.rediris.es>

SEPARATA

Nº 7 - Año 2007

E-mail: hispanianova@geo.uned.es

© HISPANIANOVA

ISSN: 1138-7319 - Depósito legal: M-9472-1998

Se podrá disponer libremente de los artículos y otros materiales contenidos en la revista solamente en el caso de que se usen con propósito educativo o científico y siempre y cuando sean citados correctamente. Queda expresamente penado por la ley cualquier aprovechamiento comercial.

“¿Qué te parece Pío Moa?”

Dos notas sobre el revisionismo y la guerra civil española.

Carlos RILOVA JERICO

(Universidad del País Vasco)

“¿Qué te parece Pío Moa?”
Dos notas sobre el revisionismo y la guerra civil española.

Carlos RILOVA JERICÓ

Universidad del País Vasco

I. Introducción

La pregunta que da título a este trabajo me fue formulada por un joven militante del PP durante una jornada electoral del año 2005. Ciertamente el lugar -una localidad del País Vasco interior- y las circunstancias, no invitaban precisamente a iniciar debates de ese tipo en medio de la situación que nos rodeaba, que, como mínimo, podría definirse como tensa. Sin embargo, ya que, hablando de todo un poco, me había presentado como historiador profesional, me veía en la obligación de decir algo. De hecho, las caras vueltas de los y las comensales más próximos a mí casi me obligaban a decir algo. En ese momento se me agolparon, con bastante desorden, varias respuestas que yo podría dar a esa pregunta sobre qué me parecían Pío Moa, el gran “revisor” de nuestra guerra civil, y sus libros.

Creo que lo primero que me vino a la cabeza fue hacer más las argumentaciones que Tusell había vertido contra él desde su tribuna de “El País”, a comienzos del verano de 2004. Es posible que de un modo inconsciente pensase que gran parte de lo que decía Tusell me serviría para apuntalar lo que los que me escuchaban estaban esperando oír. Sin embargo, al final, el grueso de mi réplica se fundamentó en lo que yo había deducido de primera mano de la lectura directa de esa obra tan execrada: desde el punto de vista profesional esos libros firmados por Pío Moa carecían de rigor como obras de Historia¹.

¿Fue esa respuesta, casi de circunstancias, una apreciación justa, la que en realidad se merecían el autor y sus libros?. Las páginas que siguen a ésta son un intento de demostrar de manera fundada que a una pregunta como aquella poco más se podía responder.

¹ Véase TUSELL, Javier. “El revisionismo histórico español”. “El País”, 08-07-2004, pp. 13-14.

II. ¿Nada nuevo bajo el sol?. La revolución de 1934 en Asturias y el comienzo de la Guerra Civil

Repasando con atención lo principal de la obra de Pío Moa -tanto de la producida para un público más minoritario, publicada por la editorial Encuentros, como la que posteriormente han puesto en el mercado otras empresas con fines y público más amplios, como La Esfera de los Libros o Altera- da la impresión de que el eje central de su revisión de la Historiografía sobre la Guerra Civil se apoya sobre la necesidad de demostrar que fue la izquierda la que dio el primer paso hacia ésta con la llamada revolución de Asturias.

Así, según el señor Moa, los principales personajes de ese drama, las izquierdas, representadas fundamentalmente por la Esquerra catalana y el PSOE, demostraron un furibundo deseo de destruir la legalidad republicana que contrastaba con la acrisolada lealtad del futuro dictador Francisco Franco a la misma, siempre fiel a ella según el citado autor. Al menos mientras ésta no rebaso los límites que al general ferrolano y a su particular criterio de la Política les parecieron adecuados...²

A medida que nos movemos por la obra del señor Moa descubrimos nuevos argumentos de ese mismo estilo. Una de las frases contenidas en la página 26 de "1934: comienza la Guerra Civil" resulta verdaderamente reveladora sobre cuáles son sus medios y sus fines. En ella el señor Moa indica que lo que ocurre en 1934, ese, según él, primer episodio de la Guerra Civil, está causado, entre otros factores, porque las ideologías de lo que él se satisface con definir como "pueblo", sin mayores matices, eran "totalitarias e incompatibles con la democracia"³.

Así Pío Moa señala que ese bloque de izquierdas -"todos ellos"- se encontraba "bajo la tutela de aquel demócrata sin par que fue Stalin, el déspota que ya había acumulado una gigantesca montaña de cadáveres (Hitler sólo estaba empezando por entonces) e implantado un sistema totalitario sin parangón en la historia". De ahí sólo hay un paso para llegar a la conclusión que sirve de eje a prácticamente toda su obra. Es decir, que durante la Guerra Civil jamás se enfrentaron un bando de demócratas contra otro de fascistas. Un proceloso camino historiográfico que, naturalmente, el señor Moa no duda en recorrer ⁴.

Los sucesos de Asturias que, a su mayor provecho, él considera como el primer capítulo de aquella conflagración, no serían sino una confirmación de esa

² Véase MOA, Pío. *Los orígenes de la Guerra Civil española*. Encuentros. Madrid, 1999, MOA, Pío. *Los mitos de la Guerra Civil*. La Esfera de los Libros. Madrid, 2003, pp. 147-182 y MOA, Pío. *1934. Comienza la Guerra Civil. El PSOE y la Esquerra emprenden la contienda*. Altera. Barcelona, 2004. La profesora Marta Bizcarrondo señalaba en un editorial publicado en "El País" que quizás no era precisamente casual que los revisionistas insistiesen tan particularmente en las acciones del PSOE y la Esquerra durante la crisis de 1934 en lugar de centrarse sobre las del PCE. Unos argumentos que sin duda merece la pena contrastar con la propia obra de Moa para que cada cual saque sus propias conclusiones acerca de esa insistencia en el papel jugado por el PSOE y la Esquerra durante la insurrección de 1934. Véase BIZCARRONDO, Marta. "Diez tesis sobre le Frente Popular". "El País", 16-02-2006, p. 14.

³ MOA. *1934: comienza la Guerra Civil*, p. 26.

⁴ MOA. *1934: comienza la Guerra Civil*, p. 26

perversa inclinación dictatorial de todos los grupos de izquierdas. Todo un hallazgo que, una vez más según el señor Moa, ha sido ocultado por la Historiografía académica, que ha preferido oponer a esa evidencia palmaria lo que llama el autor de “1934: comienza la Guerra Civil” una “falsedad restallante, intelectualmente corrupta” sostenida por la Universidad, la Televisión, la prensa y el cine por medio de insultos y descalificaciones -“nunca polémica seria”- destinada a laminar a quienes como él han decidido denunciarla⁵.

El argumento ya se había utilizado en obras anteriores, como el señor Moa tiene la delicadeza y cortesía -esta vez sí- de señalar en su “Los orígenes de la Guerra Civil”. Es realmente a Ángel Palomino a quien parece corresponder el dudoso honor de haber echado a rodar la singular teoría de que la revolución asturiana de 1934 fue el primer episodio de la Guerra Civil, para así poder demostrar que fueron las izquierdas españolas, desplegando la que parece ser una inherente e incommensurable maldad, las que hundieron la república y dieron más que sobrados y justos motivos al general Franco para sublevarse contra ella el 18 de julio de 1936...⁶

¿Qué se puede decir, desde la polémica seria por supuesto, contra semejantes afirmaciones, cuando menos tan originales?

Se podría empezar por constatar algo que el profesor Moradiellos ya hacía notar en su crítica a los libros de Moa: una misteriosa desaparición en las páginas de éstos de determinados trabajos de referencia sobre el episodio de la revolución de Asturias⁷.

En efecto, Pío Moa, al igual que su precursor, el señor Palomino, ignoran olímpicamente al historiador británico Hugh Thomas, que en su documentada obra “La Guerra Civil española” describe pormenorizadamente esa revolución de Asturias como uno de los orígenes de ésta. Un trabajo del que, por tanto, ambos serían deudores⁸.

Esos -llamémoslos así- olvidos, que en principio sólo serían una falta de cortesía académica, acaban sin embargo por convertirse en una constante en la obra de Pío Moa sobre la revolución asturiana de 1934. En efecto, el señor Moa no se contenta con oscurecer las contribuciones de algunos de esos historiadores académicos a los que tanto se complace en criticar como urdidores de grandes mentiras, además se dedica a una orwelliana vaporización de otros trabajos. Es el caso, por ejemplo, de un estudio publicado por la editorial Siglo XXI en el año 1985,

⁵ Uno de sus editores prefiere hablar en términos más espectaculares de “La Gran Patraña”. Véase MOA. *1934: comienza la Guerra Civil*, pp. 26 y 181-185.

⁶ PALOMINO, Ángel. *1934. La Guerra Civil empezó en Asturias*. Planeta. Barcelona, 1998. Véase también MOA. *Los orígenes de la Guerra Civil española*, p. 9. En esa nota cita además de a Ángel Palomino, sin demasiada efusión por cierto, a otros autores como Gerald Brennan.

⁷ Véase MORADIELLOS, Enrique. *1936. Los mitos de la Guerra Civil*. Península-Atalaya. Barcelona, 2004, p. 39 y, de este mismo autor, “Las razones de una crítica histórica: Pío Moa y la intervención extranjera en la Guerra Civil española”, en “El Catoblepas: revista crítica del Presente”, nº 15, mayo 2003, pp. 544-546.

⁸ Véase THOMAS, Hugh. *La Guerra Civil española*. Grijalbo. Madrid, 1976, pp. 160-167, volumen I. Véase MOA. *1934: comienza la Guerra Civil*, p. 219. Thomas y su obra aparecen citados. Sin embargo, como es lógico dentro de la óptica adoptada por el señor Moa, no se le otorgan méritos con respecto al gran “descubrimiento” de la revolución asturiana como detonante de la guerra civil y el asalto final contra la segunda república.

para conmemorar el aniversario de aquella revolución fallida reuniendo a lo más granado de los especialistas sobre la Historia contemporánea española entregados al estudio de la Guerra Civil. El señor Moa conoce la obra, desde luego, y la cita a placer en la bibliografía tanto de “Los orígenes de la Guerra Civil española” como en “1934. Comienza la Guerra Civil”.

De hecho, su entusiasmo por alguno de los autores que aportaron trabajos a esa obra colectiva es tal que el señor Moa opta por nombrar a uno de ellos, el profesor Macarro Vera, en dos ocasiones distintas en la bibliografía de “1934. Comienza la Guerra Civil” como si se tratase de dos autores diferentes. Sin embargo Gabriel Jackson y Paul Preston, colaboradores también de ese volumen, no disfrutaban de igual preferencia. Así, el estudio que hace el primero de ellos sobre el peso que tiene la amenaza fascista generalizada en la Europa de 1934 como detonante de la revolución asturiana, es obviado enteramente por el señor Moa que, al parecer, lo considera completamente superfluo para explicar las perversas intenciones de los obreros asturianos, sublevados, en su opinión, no para hacer frente a un golpe fascista o parafascista de la CEDA de Gil Robles -convertida en la obra del señor Moa en un inocente partido de centro-derecha- sino para imponer una república totalitaria de corte estalinista. Es exactamente lo mismo que le ocurre a Paul Preston y a su artículo incluido en esa obra colectiva. Quizás porque su contenido es análogo al del trabajo de Jackson. Finalmente corre esa misma suerte el trabajo de Pierre Broue, que dentro de ese volumen colectivo sostiene una tesis similar a la documentada por Jackson y Preston y sólo es aludido por Pío Moa en una ocasión. Concretamente en la nota 2 de las páginas 143-144 de “Los orígenes de la Guerra Civil española” pero sin citar el libro del que saca esa referencia y únicamente para rebatir la cifra de víctimas que este investigador da como producto de la represión militar en Asturias. Todos los demás datos documentados por esos investigadores acerca de las claras afinidades de Gil Robles y su CEDA con el canciller austriaco Dollfuss y con métodos e intenciones que nada tienen de centrista, como pretende el señor Moa, son claramente vaporizados de las bibliografías y notas de sus trabajos. Ni siquiera son mencionados para ser refutados⁹.

Pero esa eliminación de trabajos ajenos que, evidentemente, no encajan en sus tesis o las desvirtúan de algún modo no es, por supuesto, el único obstáculo que

⁹ Véase MOA. *1934: comienza la Guerra Civil*, pp. 213 y 219. En ambas páginas de la “Bibliografía sucinta”, que es su único apoyo -aparte de un destacado volumen de recortes de prensa fotografiados y puestos sin explicación alguna en un “apéndice” de este libro-, aparece citado el mismo trabajo del profesor Macarro Vera publicado en “Octubre 1934”, primero como “MACARRO VERA” y luego, en la página 219 como “VERA MACARRO”. Sobre los trabajos de Jackson, Preston y Broue, véase VV.AA. *Octubre 1934. Cincuenta años para la reflexión*. Siglo XXI. Madrid, 1985, respectivamente pp. 3-8, 9-17 y 130-158. Moa sólo cita a Jackson y Preston en “Los orígenes de la Guerra Civil española”, concretamente en la nota J de la página 231 y en la nota C de la página 236 de ese trabajo. En ambos casos no da referencia a ningún trabajo en concreto de ambos historiadores y se limita a condenar que citen documentos de manera acrítica, dando pábulo a informes como el de Margarita Nelken sobre las supuestas atrocidades del gobierno de derechas contra los campesinos durante la huelga revolucionaria de 1934. Sobre el resto de argumentos y citas que aportan ambos autores, Moa, por alguna razón incomprensible desde el punto de vista historiográfico, no dice nada, impidiendo así que el lector, tal y como acertadamente ya ha señalado el profesor Moradiellos, investigue por su propia cuenta y pueda contrastar las afirmaciones del antiguo ateneísta con la de otros autores.

un historiador podría encontrar a la hora de considerar mínimamente respetables los trabajos de Pío Moa sobre la guerra iniciada en 1936. En efecto, si nos preguntamos, como sería lógico, qué ocurre con los documentos con los que ese autor reclama que se critiquen sus libros y las tesis sostenidas en ellos, obtendremos una respuesta nada favorable a la hora de considerar historiográficamente válidos sus trabajos.

Aún con un criterio generoso el historiador de la Historiografía de Pío Moa no tarda en constatar que, en el caso de las fuentes documentales, también se ha dado un proceso de selección y desaparición similar al que han sufrido los libros y artículos que el señor Moa debería haber incorporado a su bibliografía. Naturalmente, cualquiera que se dedique al trabajo de historiador sabe que es imposible citar todas las fuentes de archivo y las secundarias, pero también sabe que no puede sostenerse una tesis determinada sin sustentarla sobre una mínima documentación, seleccionada pero lo bastante sólida como para demostrar aquello que se pretende afirmar. Una precaución que deberían tener aún más presente los que como el señor Moa se embarcan en una denodada lucha para acabar, según él sostiene, con una “falsedad restallante, intelectualmente corrupta”.

Tomemos como ejemplo su suposición acerca del tinte antidemocrático y totalitario de las fuerzas obreras sublevadas en la Asturias de 1934 que, como ya hemos visto, constituye la espina dorsal de la, por así decir, innovadora Historiografía del señor Moa¹⁰.

Dadas esas premisas resulta asombroso que el antiguo bibliotecario del Ateneo de Madrid no cite en sus trabajos sobre la revolución de Asturias una fuente como “Mi viaje a la Rusia soviética”.

La primera edición de ese libro databa de 1921 e iba dedicada por su autor, el catedrático Fernando de los Ríos, “Al Partido Socialista Español”. El libro, como la mayoría de los que sobre este género se escribieron, contaría con nuevas ediciones. La que yo he podido manejar desde mis tiempos de estudiante fue publicada por Alianza Editorial en su colección de bolsillo en el año 1970, con la atractiva estética a la que esa empresa nos ha acostumbrado desde esas fechas. Sin embargo la edición que más nos puede interesar en estos momentos es la tercera, la que salió al mercado en el año 1934. Poco después de que estallase y fracasase la revolución asturiana. En ella Fernando de los Ríos volvía sobre sus pasos y revisaba el texto que por encargo del PSOE había elaborado en el año 1921. En el nuevo prólogo a aquella obra el profesor insistía en uno de los aspectos que más le habían disgustado durante su visita a aquel experimento soviético: la existencia de una dictadura en nombre de la revolución. Después de analizar los supuestos logros de la economía dirigida por

¹⁰ Véase MOA. *1934: comienza la Guerra Civil*, pp. 30 y 184. En esa última su editor se considera con derecho a reclamar al PSOE ciertas “proclamas democráticas” que echa en falta en el historial de este partido. El señor Moa, por su parte, insiste en que el PSOE, el actual, no ha renunciado a lo que él llama ribetes totalitarios. Es más, de hecho, insinúa que aún se espera por parte de ese partido una condena abierta de los sistemas totalitarios de izquierda. Una insólita afirmación como veremos a lo largo de este primer apartado, que abre un abismo sobre la credibilidad del señor Moa como historiador ya que, o bien lo ignora todo sobre determinadas fuentes producidas por algunos militantes del PSOE que juegan un papel principal en la insurrección de 1934 y en la Guerra Civil, o si conoce esas fuentes una vez más las “vaporiza”, ocultándolas al público que acude en busca de una historia supuestamente más veraz de aquellos hechos.

Stalín, De los Ríos concluía su prólogo a esa tercera edición aludiendo a las más profundas sombras que se proyectaban desde el país de los Soviets. El profesor no tenía duda alguna sobre la naturaleza de aquel régimen: pervivía en él la primitiva estructura de la que se habían dotado tras la refundición del estado ruso en 1917, subsistía, pues, “la dictadura con su secuela dramática para la conciencia disidente y para la libertad científica; persiste, pues, la estructura política totalitaria del Estado”. Un feo detalle que, como no olvida recordar De los Ríos, no ha impedido en el momento en el que él escribe que todas las potencias -Inglaterra, Francia, Estados Unidos, la entera Sociedad de Naciones...- reconozcan a ese estado dictatorial y totalitario que el viejo socialista volvía a rechazar ahora como en 1921¹¹.

Es difícil, en efecto, comprender que el señor Moa saque a colación en sus libros sobre la revolución asturiana a Julián Besteiro y a su arrinconamiento dentro de la Ejecutiva del partido como prueba de que dentro del PSOE, antes de la revolución, se habían impuesto tesis totalitarias y a favor de la dictadura proletaria y, sin embargo, no mencione las ideas que a ese respecto manejaba en esos momentos uno de los más conspicuos -y nada arrinconados- miembros de esa misma Ejecutiva. No otro que el profesor Fernando de los Ríos, crítico feroz, como podemos ver en las sucesivas ediciones de su obra, del gulag soviético desde el primer momento en el que le pone la vista encima, jamás ganado para la propaganda positiva a favor de la dictadura soviética que el periodista Julio Álvarez del Vayo se encargó de verter con éxito en muchos oídos, a izquierda y derecha -como vamos a comprobar antes de que acabe este apartado-, y no únicamente en los de otros socialistas como Largo Caballero, sobreabundantemente citado, por cierto, en la obra del señor Moa¹².

La ausencia de esa fuente secundaria, que como vemos explicaría muchas cosas sobre el supuesto carácter totalitario de la izquierda española de 1934, podría achacarse, en principio y haciendo uso de un criterio necesariamente generoso, a un descuido. A uno de esos simples errores a los que, como se suele decir, nos condena nuestra falible condición humana. Sin embargo, al igual que ocurría con la bibliografía de las obras del señor Moa, no tardamos mucho en empezar a sospechar que la ausencia de ese tipo de material en la obra del antiguo ateneísta obedece más bien a un criterio sistemático.

En efecto, de haber querido, el señor Moa también podría haber encontrado, sin demasiada dificultad, documentación muy accesible para informarse sobre la actitud de los anarquistas -otro de los principales grupos de izquierda implicados en la insurrección asturiana- frente al experimento soviético y el totalitarismo que lamentablemente lo caracterizará desde un principio.

¹¹ Consúltense DE LOS RÍOS, Fernando. *Mi viaje a la Rusia soviética*. Alianza Editorial. Madrid, 1970, p. 37-39. También pp. 111-116, en las que el profesor se explayaba sobre lo que llamaba “el eclipse de los derechos del hombre” en la nueva Rusia sin ahorrar detalles sobre la férrea censura de los medios de comunicación, aludiendo concretamente a la situación en la que se encontraba el Anarquismo representado por la persona del príncipe Kropotkin, los métodos terroristas de la “Tcheka” y los tribunales especiales que condenan sin juicio previo.

¹² Véase MOA. *Los orígenes de la Guerra Civil española*, pp. 44-45 y 215-216 y MOA. *1934: comienza la Guerra Civil*, pp. 47-48, 65-67 y 96-99. Acerca de Álvarez del Vayo, su relación con Largo Caballero y las diferencias entre su opinión sobre la Rusia Soviética y la de Fernando de los Ríos véase THOMAS. *La Guerra Civil española*, pp. 133 y 140, volumen I.

Como investigador no debería haberle sido muy difícil averiguar que, a comienzos de la década de los años veinte del siglo pasado, la CNT envió a Angel Pestaña como delegado a Moscú con el fin de decidir, como otras organizaciones revolucionarias de toda Europa, si debían unirse a las directrices emanadas desde Rusia o, por el contrario, rechazarlas. El delegado Pestaña no dudó lo más mínimo en recomendar insistentemente a sus compañeros de sindicato que se buscara la mayor distancia posible con aquellos supuestos revolucionarios rusos. ¿La razón?, principalmente los métodos totalitarios, verdaderamente bochornosos, de los que éstos hicieron gala ante él y ante otros delegados.

Una circunstancia que Ángel Pestaña describirá pormenorizadamente en tres trabajos. El primero de ellos iba dirigido al sindicato y se centraba, fundamentalmente, en aspectos técnicos acerca de las propuestas soviéticas para que la CNT y otras organizaciones obreras pasasen a integrarse en la disciplina de la Tercera Internacional que Moscú pensaba crear. En él Pestaña se mostraba más bien moderado. Sus palabras de condena a la dictadura del proletariado que el camarada Luzovsky les proponía como método de acción, serán mucho menos tajantes que las que gastó otro de los delegados, el alemán Souchy, que espetó al bonzo bolchevique que él “no aceptaba tales principios”. Si debía haber comunismo éste debía ejercerse sin ninguna clase de dictaduras. Pestaña, por su parte, prefería añadir que no necesitaba hacer consideraciones acerca “de la oposición” entre lo que les proponía Luzovsky y la férrea decisión de los 500 delegados de la CNT, que en su primer congreso celebrado en Madrid votan unánimemente por un comunismo que, al igual que el de Souchy, debe ser libertario. Es decir, sin ninguna clase de dictaduras¹³.

Una condena que, de algún modo, debió parecer poca cosa a Pestaña, ya que su crítica al régimen bolchevique necesitará de otros dos libros que iban más allá de este simple informe a la CNT para poder destilar toda la amargura que le había producido lo que vio en el país de los Soviets.

Su “Setenta días en Rusia. Lo que yo pienso” era especialmente claro. En ese trabajo, muy similar por su estructura a muchos otros libros de viajes a la Rusia soviética, abominaba con toda contundencia de la llamada “dictadura del proletariado”, considerándola una “maula” inventada por los bolcheviques que nada tenía que ver con la verdadera revolución socialista sino tan sólo con el deseo de los leninistas de dominar ese impulso de progreso social en su propio beneficio. Uno que se encargarían de asegurar por medio de la más férrea de las dictaduras. La conclusión del anarquista no podía ser más clara: no alcanzaba a comprender cómo se había hecho una revolución para derrocar a un régimen autocrático y sustituirlo inmediatamente con otro igual de opresivo y liberticida, que destruía con una violencia sistemática y draconiana a todos sus enemigos, amparándose en una organización tan siniestra como la terrorífica “Tcheka”, la policía política leninista...¹⁴

¹³ Volverá a insistir sobre ese particular antes de abandonar la URSS, presionando a Luzovsky para que esa Tercera Internacional renuncie a imponer la dictadura del proletariado. Véase PESTAÑA, Ángel. *Informe de mi estancia en la URSS*. Editorial ZYX. Madrid, 1968, pp. 16, 18 y 20-25.

¹⁴ Consúltense PESTAÑA, Ángel. *Setenta días en Rusia. Lo que yo pienso*. Antonio López. Madrid (s. f.), pp. 181-191 y 231-240. A éste se añade “Setenta días en Rusia. Lo que yo ví”, publicado en 1924 por la editorial Cosmos de Barcelona. En él continua describiendo las inexistentes virtudes de esa falsa

Así pues, parece evidente que, documentos en mano, tal y como exigen el señor Moa y sus defensores, su tesis acerca del totalitarismo intrínseco a todos y cada uno de los izquierdistas que se sublevaron en 1934 contra el gobierno de derechas, queda bastante mal parada. Los hechos tampoco corroboran esa afirmación de grueso calibre.

En efecto, otras fuentes secundarias sobre la revolución asturiana, elaboradas por testigos o periodistas que investigaron lo ocurrido inmediatamente después de producirse, otorgan una presencia muy reducida a los fanáticos de Stalin en aquellos acontecimientos, por más que esto pudiera pesarle al terrible Koba, a Largo Caballero o a la Federación Anarquista Ibérica con la que tanto disintieron Pestaña y muchos otros CNTistas.

Es el caso de la obra de Manuel Villar, alias, "Ignotus". En ella se hace constar la división existente en la Asturias de 1934 entre revolucionarios libertarios - fundamentalmente socialistas y anarquistas-, contrarios a imponer tras la revolución la famosa dictadura del proletariado y militantes autoritarios, principalmente adscritos al minoritario partido comunista español. Otro tanto vendrían a confirmar las observaciones de Narcis Molins, que distinguía claramente entre la comuna libertaria de La Felguera, organizada por socialistas y anarquistas, y otros casos como la de Sama de Langreo, dominada por comunistas donde, como señala este POUMista - feroz antiestalinista y compañero de prisión de Ángel Pestaña cuando ambos son encarcelados por combatir la Dictadura primoriverista-, la revolución adquiere tintes más dogmáticos. Finalmente resulta aún más explícito el testimonio de Manuel Grossi Mier, testigo directo de aquellos hechos. En su libro se describe con detalle aquella revolución, pero en él aparecen muy pocos casos de esas actitudes dogmáticas. De hecho únicamente habla de la de cierto miembro comunista del comité de Trubia al que califica de "dictadorzuelo" y descalifica ampliamente por su actitud cuando les negó la munición que precisan para defenderse del Ejército¹⁵.

De hecho, si en aquellos agitados días de octubre de 1934 hubo algún admirador de los métodos de la dictadura soviética éste parecía encontrarse en el bando contrario y sobre él el señor Moa, curiosamente, no dice nada o prácticamente nada.

Se trataba concretamente de alguien casi íntimo, muy próximo, al general Franco. No otro que el ministro de la Guerra del gobierno Lerro, el notario Diego Hidalgo. Él, como De los Ríos y Pestaña, también visitó el experimento soviético, pero en su obra, publicada en 1928, brillan por su ausencia las condenas a los expeditivos métodos de la dictadura proletaria a diferencia de lo que ocurría en los textos del socialista y del anarquista. Sólo al final de esa obra se aludía a la imposición de la

revolución, intercambiando impresiones con otros anarquistas destacados en Rusia que vendrán a coincidir con ese mismo punto de vista y tampoco se resistirán a contarlo en libros similares, tal y como sucede con la estadounidense Emma Goldman. Véase GOLDMAN, Emma. *Dos años en Rusia. Diez artículos publicados en The World*. Calamus Scriptorius. Barcelona-Palma de Mallorca, 1978.

¹⁵ Consúltense VILLAR, Manuel. *El Anarquismo en la revolución de Asturias*. Fundación Anselmo Lorenzo. Madrid 1994, pp. 90-92. MOLINS I FÁBREGA, Narcis. *UHP. La insurrección proletaria en Asturias*. Jucar. Madrid-Gijón, 1977, pp. 146-148. GROSSI MIER, Manuel. *La insurrección de Asturias*. Jucar. Madrid-Gijón, 1978, pp. 40-41 y 107-108. Fuentes conocidas por el señor Moa pero, como ocurre con otras, citadas de manera sesgada.

dictadura del proletariado, pero ésta era más o menos excusada en nombre de los progresos que los Soviets estaban realizando. La siniestra GPU, otro instrumento policiaco del régimen, aparece también en las cartas del notario andaluz, pero de manera neutra, sin que éste profundice en su papel represor y terrorista... Un entusiasmo por ese régimen “de orden” que, curiosamente, este admirador de Franco - al menos en esa extraña categoría de seres humanos lo sitúa el señor Moa- venía a compartir con Ramiro Ledesma Ramos, uno de los fundadores del Fascismo español¹⁶.

Otro olvido verdaderamente chocante el de esta fuente en la obra del antiguo ateneísta, teniendo en cuenta, además, lo mucho que podría aclarar sobre la visión de las cosas de alguno de los dirigentes socialistas -que no todos, como acabamos de comprobar- lanzados a la vorágine revolucionaria de 1934. En efecto, el hombre que da órdenes a Franco en esos momentos parece hablar en esas cartas sobre Rusia seducido por la positiva versión del periodista Álvarez del Vayo acerca de la revolución soviética. Tanto como en su momento lo está Francisco Largo Caballero que, con semejante consejero, probablemente estaba convencido de ir a traer a España un estado de cosas tan idílico como el que Hidalgo describe en sus cartas de 1928¹⁷.

Como vemos, fuentes secundarias en mano, la Historiografía del señor Moa sobre la Guerra Civil resulta sumamente deficitaria. Sin embargo los problemas que plantean sus libros aún pueden ir más lejos.

En efecto, esta serie de descuidos, como vamos a comprobar en el siguiente apartado de este trabajo, se da en la obra del antiguo ateneísta también con respecto a documentos primarios, conservados en esos archivos que, según su propia óptica, él parece ser casi el único en visitar a fin de aclarar “restallantes falsedades”.

¹⁶ Consúltese HIDALGO, Diego. *Un notario español en Rusia*. Alianza. Madrid, 1985, pp. 230, 233 y 239-240. Sobre la admiración de Ramiro Ledesma Ramos por el régimen comunista véase BERNSTEIN, S.-MILZA, P. *Dictionnaire historique du fascisme et du nazisme*. Editions Complexe. Bruselas, 1992, p. 537. Una admiración que, por otra parte, el fundador de las JONS no prodiga demasiado. Así, por ejemplo, rara es la vez en la que elogia algún logro del sistema soviético a lo largo de los años 1933 y 1934, cuando publica su revista “JONS”. Consúltese LEDESMA RAMOS, Ramiro. *Escritos políticos 1933-1934*, p. 144. Ahí se recogen los textos publicados en el número 5 de la revista, incluyendo uno escrito por Ledesma Ramos bajo el pseudónimo de “Roberto Lanzas” titulado “El individuo ha muerto”. En él continúa prodigando sus habituales abominaciones contra el Socialismo, que tiene la, para él, execrable pretensión de convertir en burgueses a todos los ciudadanos (p. 141). Sin embargo reconoce que ha habido tres ocasiones en la que la tan odiada por él “civilización burguesa” ha sido superada “de hecho”. El primer caso se da en la Rusia soviética: “Lenín, contra la opinión socializante del mundo entero, imprimió al triunfo bolchevique un sentido antiburgues y antiliberal”. Algo “superior” en ese orden de acción se ha conseguido en opinión de Ledesma Ramos en la Italia de Mussolini, donde se logra que “un pueblo que en la gran guerra dio muestras de cobardía y de vileza adora hoy la bayoneta y los “fines del imperio”. Algo disciplinado y heroico. De lucha y de guerra”. Finalmente en la Alemania de Hitler se “sigue la misma ruta”. Sobre la admiración de Hidalgo por Franco y sobre los términos cordiales en los que se encuentran ambas figuras según el señor Moa, véase MOA: *Los orígenes de la Guerra Civil española*, pp. 58 y 61. Paul Preston, tan generalmente denostado por el señor Moa, no ha olvidado citar esta fuente y tenerla en cuenta. Según el profesor Preston el ministro de la Guerra de Lerroux era visto con desconfianza por las derechas por esas cartas publicadas en forma de libro. Véase PRESTON, Paul. *Franco “caudillo de España”*. Grijalbo. Barcelona, 1994, pp. 129-130.

¹⁷ HIDALGO. *Un notario español en Rusia*, pp. 128-131.

III. ¿Nada nuevo bajo el sol?. La calificación del régimen de Franco a partir de documentos de archivo

El señor Moa, como no podía ser menos, tiene algunas tesis sobre el resultado final de la Guerra Civil igual de peculiares que las que ha usado para explicar sus orígenes.

En efecto, en otra parte de su obra el régimen que sale de ella es absuelto casi completamente del carácter totalitario que realmente tuvo, claramente en sus inicios y de manera más leve en sus últimas etapas. ¿Qué avala esa peculiar visión de los hechos históricos?. Como vamos a comprobar enseguida, la respuesta a esa pregunta dista mucho de ser “un sólido trabajo de investigación en diferentes archivos”.

Así es, el señor Moa empieza su nueva labor de demolición historiográfica sobre el verdadero carácter del régimen franquista limitándose a pasar revista en “Los mitos de la Guerra Civil” a una sucinta bibliografía sobre esa cuestión. Allí, especialmente en las páginas del capítulo titulado “El enigma Franco”, nos explica que la mayoría de los libros escritos sobre el dictador por historiadores de la talla de Stanley Payne o, en el extremo contrario de la Cosmovisión del señor Moa, Paul Preston -por sólo citar dos nombres-, se daba una imagen “en extremo negativa” del biografiado. Eso, o poco más, le bastaba para asegurar que el régimen instaurado después de la Guerra Civil no fue mucho más sanguinario ni represor que los que se reputan, tras la Segunda Guerra Mundial, como democráticos. Caso de la Francia post-Pétain o de la Italia post-fascista, pues a diferencia de los ajustes de cuentas que se dan en éstas, Franco, siempre según el señor Moa, hizo uso de lo que él llama una “represión judicial”. Es decir, los represaliados siempre tuvieron ocasión de tener un juicio, cosa que muchos italianos fascistas y franceses colaboracionistas no disfrutaron. Un rigor necesario por otra parte en la docta opinión del señor Moa, ya que la lenidad sólo hubiera conducido a nuevas rebeliones...¹⁸

Está última tesis -la de la imperiosa e inevitable necesidad de escarmentar- será desarrollada por el señor Moa en un libro posterior en el que el tema -único- será ese Francisco Franco Bahamonde tan maltratado, al parecer, por la Historiografía. En efecto en “Franco. Un balance histórico”, el señor Moa vuelve a insistir en rebajar el carácter dictatorial y represivo del régimen franquista, que, según él, si actuó con mano dura siempre se atuvo a leyes y, en fin, constituyó una dictadura autolimitada y simplemente autoritaria. Menos terrible que las de Hitler y Mussolini y, por supuesto, que la de Fidel Castro. Una serie de argumentos que el señor Moa culmina afirmando el carácter casi providencial de la dictadura franquista, eliminadora del cúmulo de dificultades que España ha padecido desde la invasión napoleónica, permitiendo que la nación supere esa especie de travesía del desierto para llegar al actual período de

¹⁸ MOA. *Los mitos de la Guerra Civil*, pp. 473 y 487-488. Resulta interesante comparar esta afirmación del señor Moa con lo que tiene que decir al respecto el profesor Moradiellos. Véase MORADIELLOS, Enrique. *Francisco Franco. Crónica de un caudillo casi olvidado*. Biblioteca Nueva. Madrid, 2002, pp. 15-19 y 249-251. Sobre las coincidencias entre los dos extremos de la escala de valores historiográficos del señor Moa véase PAYNE, Stanley G. *El régimen de Franco*. Alianza. Madrid, 1987, pp. 427-429 y PRESTON. *Franco “caudillo de España”*, pp. 751 y 756-760.

prosperidad que el antiguo bibliotecario del Ateneo, haciendo gala de un talante profético, sólo ve amenazado por el gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero, inductor de una situación muy similar a la que llevó al general Franco a alzarse en armas contra aquella república que, según el autor de "Los mitos de la Guerra Civil", nada tenía de democrática y sólo nos hubiera ofrecido otra clase de dictadura acaso mucho peor...¹⁹

Una recopilación de artículos del señor Moa, publicada dos años antes de la aparición de ese libro sobre el dictador, ya recogía nuevas argumentaciones en este sentido, llevándole a enfrentarse incluso con Stanley Payne, o, al menos, con las conclusiones que este especialista ha sostenido en alguno de sus libros sobre el régimen y el dictador pero, especialmente, contra Gabriel Jackson cuando éste se atrevía a considerar a Franco más sanguinario que Mussolini y a negar que el régimen condujera a España -decidida y benévola- al camino que llevaba a la actual democracia después de haber salvado al país del caos y la disolución con los que la república era asociada mayoritariamente por los españoles...²⁰

Afirmaciones de ese calibre podrían ser desmontadas sin mucha dificultad. En primer lugar bastaría con destacar que el señor Moa olvida continuamente el hecho de que los juicios que el dictador prodigó a sus víctimas fueron en realidad aplicaciones de la jurisdicción militar a simples civiles. Algo siempre de dudosa legalidad. O que las ideas que él maneja para defender el golpe franquista son netamente reaccionarias, insertas en esa visión del mundo propia de precursores del Fascismo como De Maistre o Bonald. Una que se hace más que evidente en su significativa alusión a la Historia contemporánea de España como un "cúmulo de dificultades" desde la invasión napoleónica de 1808. Justo el momento en el que se empieza a desmontar la monarquía absoluta española, proclamándose nuestra primera constitución a imitación de lo que ocurría en ese mismo momento en los países más avanzados de Europa y al contrario de lo que sucedía, por ejemplo, en la autocracia zarista...²¹

Sin embargo, si nos limitásemos a descalificar la Historiografía del antiguo ateneísta en base a estos argumentos estaríamos cayendo, una vez más, en el error inveterado que el señor Moa y defensores suyos como el profesor Payne descubren en todo aquel que ha tenido algo que objetar a sus libros. Uno y otros reclaman, en efecto, que se le corrija con documentos en la mano y eso es, precisamente, lo que vamos a hacer, obviando incluso citas bibliográficas que, en otro caso, serían de rigor. Aunque sólo sea para no incurrir en el mismo error que pretendemos criticar.

Nuestra fuente procede de los Archivos Nacionales de los Estados Unidos de Norteamérica, por no usar el neologismo "useños" con el que el autor de "Los orígenes de la Guerra Civil" alardea, una vez más, de originalidad en sus libros.

Se trata de un informe muy ponderado producido por una fuente que, sin duda, es poco sospechosa de simpatizar con el Comunismo: la Central Intelligence Agency, la famosa "CIA" que tan generosamente ha ayudado a aupar y derrocar sistemas de

¹⁹ MOA, Pío. *Franco. Un balance histórico*. Planeta. Barcelona, 2005, pp. 90, 189 y 190-191.

²⁰ MOA, Pío. *Contra la mentira. Guerra Civil, izquierda, nacionalistas y jacobinismo*. Libros libres. Madrid, 2003, pp. 234-239.

²¹ Véase, por ejemplo, RODRÍGUEZ JIMENEZ, José Luis. *La extrema derecha española en el siglo XX*. Alianza. Madrid, 1997, pp. 16-17.

dudosa calidad democrática a lo largo y ancho del planeta pero siempre se ha mantenido alerta para fulminar cualquier indicio de sospechoso izquierdismo que pudiera siquiera ofender a sensibilidades tan susceptibles como la del señor Moa.

Está compuesto por tres memorandums en los que diferentes instancias de este servicio evaluaban las encontradas opiniones que les llegaban desde la embajada yankee en Madrid acerca de las mayores o menores posibilidades de supervivencia del régimen franquista.

El segundo de ellos es quizás uno de los más reveladores. Iba firmado por el agente Sherman Kent y estaba fechado en 24 de febrero de 1959. En él se procedía a evaluar sobre el terreno la naturaleza de ese régimen. Sin embargo no resulta del todo concluyente en ausencia del tercer memorandum, que cerraba el dossier por lo que a España se refería e iba fechado el 23 de abril de 1959. El autor de ese tercer documento nos es desconocido, ya que la censura previa a la desclasificación ha borrado su nombre. En este tercer memorandum se introducían por mano de aquel desconocido algunos matices al informe de Sherman Kent que, esta vez sí, terminaban de ilustrar a la perfección qué clase de régimen era aquel que había sobrevivido a la derrota de los Fascismos de acuerdo al criterio de la CIA.

Sólo para empezar, según el desconocido no era cierto, cómo señalaba Kent, que únicamente la Guardia Civil fuera efectiva. En su opinión todas las fuerzas policíacas españolas eran plenamente operativas y cerradamente leales al régimen. Si no por otra razón por el temor al concienzudo ajuste de cuentas que podía seguir a la caída del mismo. El informe destacaba que el ejemplo de la Cuba post-Batista estaba demasiado cerca como para que los polizontes franquistas no lo tuvieran presente. Acerca del apoyo que la Iglesia concedía al régimen, el desconocido aseguraba que el Vaticano estaba cada vez más preocupado porque su filial en España marcara distancias con respecto al régimen. Algo lógico si se tenía en cuenta que, como el espía señalaba, el ambiente anticlerical en el país era en esos momentos tan fuerte como el existente en el tiempo en el que llegó la república, situación que, para él, no significaba que los españoles fueran menos católicos o religiosos²².

Por lo que se refería a los comentarios del agente Kent acerca de la “relativamente relajada atmósfera” que existía en el país y lo convertía en algo diferente a las dictaduras de Hitler y Mussolini, el desconocido no tenía ninguna objeción que hacer. Tan sólo añadía que el número de opositores al régimen debía incluir a falangistas disidentes, a republicanos y a la HOAC carlista, que identificaba como “sindicato católico de izquierdas”. Tampoco objetaba a la afirmación de Kent acerca de que las eficaces y entregadas fuerzas policiales del régimen se dedicaban a perseguir a esas fuerzas de oposición a despecho de esa “relativamente relajada atmósfera” que ambos percibían en el país²³.

²² National Archives and Record Administration (NARA). Record Group 263 Box 1. CIA History Source Collection (HRP 89-2 / 00443). Accession number NN3-263-94-010 MLR # A 1 : 36, memorandums de 24 de febrero, 10 de marzo y 23 de abril de 1959. Nos encontraríamos en la fase que Fernando García de Cortazar ha calificado con una exactitud no exenta de humor de “Con Dios y con los yanquis (1954-1960)”. Véase GARCÍA DE CORTAZAR, Fernando. *Fotobiografía de Franco. Una vida en imágenes*. Planeta. Barcelona, 2000, pp. 84-115.

²³ NARA. Record Group 263 Box 1. CIA History Source Collection (HRP 89-2 / 00443). Accession number NN3-263-94-010 MLR # A 1 : 36, memorandum de 23 de abril de 1959.

Finalmente, y por no extendernos más, el desconocido comentarista del informe de Sherman Kent señalaba que el trabajador español medio consideraba que, tal y como estaban las cosas, su suerte bajo el régimen de Franco no debería de ser tan mala. Especialmente comparada con la de sus iguales italianos y franceses que, después de todo, tenían derecho a la huelga, quizás mejor seguridad social y, probablemente, mejores oportunidades. El desconocido agente no tenía demasiadas dudas acerca de que lo que mantenía a Franco en el poder, aparte de sus leales fuerzas policiales y militares, era, como decía Sherman Kent, la ausencia de una alternativa ampliamente aceptada. Algo a lo que se unía un recuerdo demasiado fresco de la Guerra Civil, pero que en ningún caso mejoraba el escaso aprecio que la gran mayoría de la población sentía por el dictador. Incluidos entre estos los que de puertas para afuera le apoyaban. A ese respecto el desconocido creía que era más que dudoso que se pudiera inducir en el español medio un estado de ánimo a favor del dictador, siquiera utilizando la excusa del patriotismo...²⁴

En pocas palabras ese era el régimen de Franco descrito por un documento de archivo que por su propio carácter -el de informe de prospección estratégica- tiende a ser objetivo y aséptico. Incluso favorable, teniendo en cuenta que procede de una entidad tan reaccionaria como la CIA. Se trata de una autoridad que repele incluso a un Vaticano que se ve cada vez más abandonado por unos católicos que no entienden que la Iglesia apoye a ese general sobrevenido gran gendarme. Es un régimen, en definitiva, que se mantiene por el uso de unas fuerzas policíacas asediadas y enfrentadas a una población que en su gran mayoría no apoya a la dictadura y sólo se mantiene pasiva por el temor a una nueva guerra civil -no exactamente a la derrotada república- y a la falta de una alternativa clara a la situación existente.

IV. Una breve conclusión

Así pues, ¿a qué conclusión se podría llegar respecto a los libros de Pío Moa y su versión de los hechos de la Guerra Civil después de un análisis pormenorizado como el que se ha intentado hasta aquí?

En base a las evidencias documentales de las que se ha hablado en este trabajo parece evidente que el señor Moa, a pesar de todas sus pretensiones, no cuenta toda la verdad sobre la guerra civil de 1936. Es decir, y sin excluir otras posibilidades, sus libros resultan un fiasco bien porque su ideología ofusca su criterio científico -algo que un historiador no debe permitir jamás-, bien porque carece de él en absoluto²⁵.

²⁴ NARA Record Group 263 Box 1. CIA History Source Collection (HRP 89-2 / 00443). Accession number NN3-263-94-010 MLR # A 1 : 36, memorandum de 23 de abril de 1959.

²⁵ Sobre esas y otras acusaciones contra Moa véase PONS PRADES, Eduardo. *Mitos no, ¡hechos!. Realidades de la Guerra Civil*. La Esfera de los Libros. Madrid, 2005, pp. 16-104. En esas cerca de 90 paginas se recogen los alegatos de varios autores. Desde el propio Eduardo Pons Prades hasta Sergi Pamies pasando por Carmen Alcalde, Francisco Moreno Gómez, Juan Ignacio Ferreras y Robert Coale.

Así, hemos comprobado, sin mucha dificultad y con documentos en la mano, que, en contra de lo que el antiguo bibliotecario del Ateneo de Madrid afirma, la mayoría de las izquierdas españolas insurrectas en 1934 estaban animadas por ideas revolucionarias, pero que éstas en absoluto eran incompatibles con la Democracia. Tampoco ha resultado difícil demostrar, por medio de documentos, tal y como el señor Moa y sus panegiristas exigen, que el régimen de Franco ha sido descrito con más exactitud por libros como los de Fusi o Preston que por los suyos, acaso excesivamente indulgentes -además de carecer de un fundamento historiográficamente sólido- con una entidad tan nociva.

Se trata tan sólo de una primera impresión sobre la que, creo, merecería la pena volver con más detalle, ofreciendo al señor Moa más "polémica seria" de la que se le ha ofrecido hasta el momento. No tanto porque su obra la merezca -como muy bien ha intuido gran parte del mundo académico, cultural y político- si no porque no desarmar unos libros que, según todos los indicios, falsean con tan poca seriedad los hechos es un lujo que la Historiografía de una sociedad democrática no debería permitirse y menos en un asunto que, como bien sabemos, aún resulta fundamental para una saludable convivencia política en nuestro país. Ese que, con toda seguridad, no desea volver a ser el de hace setenta años y, por tanto, no tiene nada que agradecer a supuestos revisionismos de su Historia como el perpetrado por el señor Moa.